

Adoración Sacramental

SANTIAGO ARENADO

Ya he visto el vídeo al menos cinco veces a lo largo del año. Me parece magnífico. Refleja, sin duda, la imagen fidedigna del Señor de la Victoria. Es de lo mejor que nos ha podido suceder en este año 2022 que ahora termina y en el que se ha celebrado el cincuenta aniversario de la fusión de la Hermandad Sacramental de San Sebastián con la Hermandad de la Paz. Lo pueden ver y se lo recomiendo, está en el canal de Youtube de la propia hermandad y se titula "Conferencia por 50 aniversario fusión con la hermandad Sacramental" (<https://www.youtube.com/watch?v=tPoE-rEFiE4>).

La conferencia es una maravilla. La imparte don Manuel Sánchez, párroco de La Blanca Paloma y La Candelaria del barrio de los Pajaritos y trata sobre la Adoración Sacramental.

Nada más empezar nos deja impactado para toda la charla exponiendo sus argumentos sobre la Adoración. Nunca me lo había planteado. Nunca lo había oído. Los encontramos en el Evangelio de San Juan, Capítulo 13, 1-14. Juan, al contrario de los otros tres evangelistas no nos relata la última cena en el sentido de la institución de la Eucaristía. Juan no. Lo que de esa noche nos relata, e impacta a Juan, es el verdadero sentido de la adoración. La verdadera adoración es el momento en el que el Señor, el Maestro, se postra a los pies de sus discípulos y se los lava.

Tal como relata don Manuel Sánchez, la adoración comienza por la adoración de Dios a la humanidad. El que fue adorado por los Magos se pone a los pies de sus discípulos y se los lava. Sabemos la reacción de Pedro negándose a ser lavado, pero como le dijo Jesús, "si mi amor no es hasta la adoración no tienes parte conmigo".

Lo dice el propio San Juan "sabemos amar porque alguien nos amó primero". Sabemos adorar porque alguien nos enseñó a adorar. Jesús no hace otra cosa que dar testimonio con su actitud "habiéndolo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo". Fue el primero que se arrodilló ante los suyos para

que nosotros lo imitésemos también.

Es impresionante. Cuesta imaginarlo, pero debemos situarnos nosotros mismo en la escena de la última cena. El Señor llega hasta donde tu estás y te dice: "te voy a adorar, y si no te adoro, no tienes nada que ver conmigo". El abajamiento del Señor es total. Es ahí cuando comienza la auténtica adoración, en el momento que el Señor asume la suciedad de nuestros pecados.

La adoración cristiana no es una adoración de sometimiento o de reconocimiento de la divinidad, no es una sumisión obediente; es la respuesta a alguien que nos ha enseñado que la adoración es repetir una historia que nos impacta, que nos cambia la vida y la forma de relacionarnos con Dios.

Y la escena que impacta a San Juan termina con una pregunta de Jesús: "¿comprendéis lo que he hecho con vosotros? Si yo soy el maestro y el Señor y os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros." ¿Seremos capaces?

Además, San Juan profundiza relatando otro sentido de la verdadera adoración en el encuentro de Jesús con la Samaritana cuando le dice: "Viene la hora —de hecho, ha llegado ya— en que los auténticos adoradores del Padre lo adorarán con espíritu y con verdad". Precisamente la Eucaristía es una invitación a la verdad y al igual que a la Samaritana la custodia con Dios vivo nos responde a nuestras dudas y nos dice: "soy yo, el que está hablando contigo". Más claro no nos los puede decir el Señor todos los días en el Sagrario.

¿Cómo es nuestra adoración? ¿La adoración que realizamos es suficiente?

San Agustín decía que "nadie comulga este cuerpo si antes no lo adora". La evangelización, para que realmente la gente sepa qué tenemos delante en el Sagrario, es fundamental. Esta pedagogía es necesaria hacerla. El



Beato Marcelo Espínola decía que "si tratamos frecuentemente con Jesucristo en el Sagrario, al final saldremos enamorados". Ese es el objetivo de nuestra presencia en el Sagrario, porque el amor, se pega.

El Papa Benedicto XVI nos recuerda que "la adoración es la respuesta de amor con que Jesús se nos entrega. No es otra cosa que un cruce de miradas, pero debemos saber que si tu dejas de mirarlo, Él nunca dejará de mirarte a ti."

Carlos de Foucauld nos dice de una forma maravillosa que "orar es mirarte, y puesto que siempre estás allí, cómo puedo si te amo, no mirarte sin cesar. El que ama y está ante su amado qué otra cosa puede hacer que tener su mirada fija en Él".

Y el Papa Francisco nos dice que "nos dejemos mirar por el Señor, sin palabras. Duerme en Él. Descansa en Él."

En resumen, adorar es estar con Dios. Es un oasis de paz donde se alimenta nuestra vida espiritual y transforma nuestra existencia. Por eso no debemos de dejar nunca la contemplación espiritual.

Para los cofrades la imagen del Señor o de la Virgen es muy importante y el que está necesitado de Dios acude a su imagen, pero a la vez, y más desde las hermandades sacramentales, debemos hacer pedagogía para que se mire más abajo, para que se mire al Sagrario donde está el verdadero Dios que nos ama.

No podemos desfallecer. Hay que perseverar siempre. Las hermandades sacramentales deben estar en permanente evangelización a través de la adoración eucarística. Incluso ir un paso más allá. No se puede quedar sólo en un simple y bonito título de la hermandad.

¿Seremos capaces?